

Las cartas de Néstor Perlongher: diálogo intersubjetivo en el presente

Leticia M. Brauchli*
Universidad Veracruzana
letmora@uv.mx

Resumen: Leo las doce cartas que Néstor Perlongher (Avellaneda, 1949- Sao Paulo, 1992) le escribe a Osvaldo Baigorria (1948), tal vez fuera de foco desde México, pues atiendo su entramado editorial para desmontar la inscripción perturbadora de “la loca” en la edición de las cartas como una manera de insertar un asunto irresuelto en la discusión pública de las identidades en nuestro presente. Las cartas han sido editadas por Baigorria como *Un barroco de trinchera. Cartas a Baigorria 1978-1986*, en la editorial Mansalva en 2006. Con esta edición, Baigorria rescata un documento privado para una recepción pública, a través de un montaje intertextual con una abierta intencionalidad política y un complicado diálogo de intersubjetividades. Mi lectura insiste en la recuperación de una memoria que sigue siendo tangencial en el debate cultural actual: la experiencia homosexual, particularmente la de “la loca” y la del exiliado. De la tensión productiva entre espacios (Canadá, Brasil, Argentina) y tiempos (pasado y presente), memoria y olvido, cultura y realidad, deseo y represión, literatura y documento, recuerdo y política -que el entramado editorial pone en acción- se exagera lo conflictivo de su cruce, como un intento de deconstruir las cómodas certezas de una identidad fija, de un significado unívoco.

Palabras clave: Subjetividad – Carta – Perlongher – Homosexualidad – Representación

Abstract: I read the twelve letters that Néstor Perlongher writes to Osvaldo Baigorria, perhaps out of focus from Mexico, as I am attending his editorial stunt in order to deconstruct the perturbing figure of the effeminate man articulated in additional texts (prologue, addendums). This editorial operation obliges the reader to consider, once it is introduced in the prologue that Baigorria writes as editor of the letters, in the reading of the letters proper as a ghost that concentrates an important nucleus of meaning, since it also invokes prejudices

* **Leticia M. Brauchli:** Doctora en Filosofía por la Universidad de Texas. Profesora en diversas universidades de Estados Unidos y América Latina. Forma parte de diversos comités editoriales en revistas de crítica literaria en Europa y en Estados Unidos. Actualmente labora en la Universidad Veracruzana como investigadora del Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias, donde también ha coordinado el posgrado en Literatura. Ha sido, además, parte del Consejo Editorial de esta universidad y responsable de la sección de Artes y Dossier de la revista *La Palabra y el Hombre*. Sus publicaciones incluyen diversos artículos sobre el cruce discursivo entre literatura y otras artes, particularmente la fotografía. Tiene ensayos sobre los problemas de representación literaria en novelas de Sergio Pitól, Julieta Campos, Pablo Montoya, Horacio Castellanos Moya y otros novelistas. Ha escrito extensamente sobre fotografía.

and values. Such a figure is reinforced in the theoretical texts that Perlongher wrote as an activist for homosexual causes presented as addendum. So, with *Un barroco de trinchera. Cartas a Baigorria 1978-1986*, published by Mansalva Editorial en 2006, Baigorria recovers a private document, the letter, to put in open dialogue with his own figure as friend, intellectual, and actor, with the result that the letter is transformed from an intimate document to a political one. This strategy creates productive tense moments between past and present, memory and forgetfulness, desire and repression, as a way to undermine the certainties of the period, and to start thinking about the memory of those not yet considered in the recuperation of memory: the homosexual man.

Keywords: Subjectivity – Letter – Perlongher – Homosexuality – Representation

Para José Luis Blanco,
amigo entrañable.
In memoriam.

I

El montaje textual: la pertenencia y pertinencia de las cartas

Dos hilos subjetivos tejen el libro que me ocupa: por una parte, la correspondencia que Perlongher envió a Osvaldo Baigorria, y que logró sobrevivir las mudanzas de éste último, escrita durante la mayor parte de la dictadura y los inicios del periodo de democratización; por otra, ya que no se incluyen las cartas de Baigorria a Perlongher, se corrobora, no obstante, la presencia del destinatario a través de un aspecto poco estudiado en la recuperación de documentos privados: el de editor.

El entramado más oculto del libro, de pertinencia y pertenencia, como lo clasifica acertadamente el editor, se encuentra en el andamiaje construido por Baigorria, ya que él selecciona textos políticos de Perlongher incluidos en un apéndice; escribe el prólogo que orienta la lectura; edita la correspondencia; ordena las cartas; aclara las referencias; anota –en el sentido académico de preparar un manuscrito para su publicación–; sitúa las actividades del destinatario e inscribe oblicuamente los vaivenes de su subjetividad, ya sea como exiliado en Canadá o viviendo en una comuna y, en el caso de las dos últimas cartas, de regreso en Argentina.

El entramado editorial someramente descrito arriba, nos adentra, según

se ha señalado, en un problema de pertinencia y de pertenencia, autoral y disciplinaria. ¿Las cartas pertenecen a Baigorria como destinatario, aunque hayan sido escritas por un escritor reconocido? ¿Quién está autorizado a publicarlas? ¿Qué diría el autor de las cartas? ¿Qué quitaría? ¿Qué dejaría? ¿Cómo afecta que se haga público un documento íntimo? Preguntas de pertinencia formal que Baigorria se hace en el prólogo y que el autor de las cartas no puede responder, pero cuyo despliegue retórico es un reconocimiento del problema al que se confronta el editor. Problema que se ahonda cuando la comprensión cabal de los asuntos que trata el poeta y ensayista Perlongher demanda saberes fuera del campo de lo literario, de cruce de disciplinas que hasta hace unos años funcionaban en cómodas parcelas. De esta forma, la pertinencia y la pertenencia escapan a una única y fácil respuesta. Al final es la experiencia compartida, la pertenencia a un grupo lo que otorga una pertinencia social, la de una memoria colectiva, lo que autoriza a Baigorria a suponer la intención de Perlongher:

[...] escribí que no quiero perder el vínculo [...] haceme quedar bien [...]. Le diría, le digo: tenés que seguir publicando, qué duda cabe. Algunos de los que estamos aquí, mientras sigamos vivos, nos encargaremos de ello, seguros de *tu* deseo (25).

Es entonces, el discurso de Baigorria, sociólogo, escritor y militante del movimiento de liberación sexual como Perlongher, el encargado de hacer hablar al documento. Sin embargo, esta operación no se da sin fisuras, pues dos intenciones distintas recorren este texto: una emotiva e íntima -que caracteriza las cartas de Perlongher-; y la racional, ideológica y abiertamente política que abarcaría las operaciones de recuperación de las cartas puestas en marcha por Baigorria, al igual que la inclusión de los textos “teóricos” de Perlongher incorporados en el apéndice. Dos frágiles hilos de distinta pulsión nos remiten a un *no decir* y a un *afirmar*. El primero, el de las cartas de Perlongher, se caracteriza por un uso creativo del lenguaje, poético, proliferante y elíptico; mas es en el afirmar racional de Baigorria donde reside una parte importante de la politización de la intimidad, ya que trasmite una voluntad de visibilizar la hipocresía imperante en materia sexual. A esta



ambigua situación añadimos dos momentos políticos: el de la escritura de las cartas correspondiente al periodo de la dictadura y el inicio del periodo de apertura democrática, al igual que el propiamente democrático de la publicación. Es la democracia la que permite nombrar y recuperar para la colectividad la emoción de una época y el sufrimiento personal:

Huelo cierto sarcasmo en tus líneas –dice Perlongher-, y el temor a que no comprendas la imposibilidad –la irreductibilidad- de pasar a otros códigos mis intensidades, me lastima. No es por lo que me dices, para nada, es por cierta atmósfera que emana--- perfectamente puede no convencerte lo que escribo— Y lo que digo me lo digo, antes que nada, a mí: hablo de nuestra (social, “sistema-tica”) reticencia a reconocer la viabilidad de otros senderos diferentes al nuestro: el oprobio del monoteísmo nos esclaviza; tendemos –aún “inconscientemente”- a considerar nuestros destinos como los únicos posibles [...] Y lamentaría que un infame librito o la poética tala de un arbolillo [referencia directa a las actividades tanto de Perlongher como de su destinatario]- nos precipitara al silencio! (48-49).

Para no precipitarse al silencio, reconocer la viabilidad de senderos diferentes y hablar abiertamente de las intensidades de Perlongher, intensidades de un deseo sin tiempo ni forma, cabe agregar, Baigorria rescata las cartas. Baigorria es consciente de que el proceso de construcción de la memoria es un asunto psicosocial tanto como un problema de escritura: “dije recuerdo y sé que miento”, nos dice en su introducción, sabedor de que la memoria tiene contradictorios efectos de sentido. Ciertamente, la memoria no es un registro espontáneo del pasado; requiere de un marco de recuperación y de sentido en el presente, y un horizonte de expectativa. Esta es la tarea que Baigorria se adjudica en la construcción del entramado editorial. Por tanto, inseparable del debate de la democracia y los derechos de las minorías en nuestro presente, se encuentra la “terca resistencia al olvido” que el discurso de Baigorria articula y reactiva. Así, mientras que la historia que surge en las cartas da cuenta de la subjetividad escindida de Perlongher, pues ésta registra lo indecible de una época, su relato en sí nos escamotea la anécdota, aunque

nos deja atisbar, entre líneas, los restos de ésta, la emoción, ya sea la pulsión del deseo o la del miedo que depende del otro nombrar, el racional de Baigorria para decir su nombre, ya que sin él las cartas son como una fotografía sin pie de foto.

Es en ese contexto que insertamos las “dudas” de su editor sobre la pertinencia y la pertenencia de la publicación de las cartas. Dudas que se traducen en hacer legible un documento privado para

[...] que su fuerte carácter literario pudiera destacarse dentro de un marco documental y para que su lectura se abriese paso no sólo en lo que Perlongher describía como su “maraña tipográfica” (guiones dilatados, paréntesis, puntuación arbitraria, excesiva o inexistente, sino a través de las numerosas referencias personales que apenas son inteligibles para quienes conocieron al autor de cerca (10).

El entramado editorial que he venido describiendo se hace explícito en su propósito: hacer inteligible un documento que aún los que conocieron al autor no pueden referenciar. De esta manera, el primer problema del editor es hacer comprensible el terror de una época en otra de relativa paz, situación que Baigorria resuelve a través de un relato alegórico en abismo: una descripción vívida y espeluznante referida al sacrificio de gallinas; un relato a pie de página, disparado para aclarar un detalle mencionado en la carta de Perlongher sobre la vida de Osvaldo en Canadá. Baigorria nos proporciona una descripción pormenorizada de la muerte y descuartizamiento de gallinas, sin ninguna necesidad real o aparente de esa violencia, ya que una simple aclaración hubiese bastado. No obstante, al agregarlo no sólo abre la posibilidad de que con dicha historia ajena el lector experimente un poco de la violencia sistémica de la dictadura que sólo se insinúa en las cartas, sino también que establezca una asociación intertextual con un relato fundacional y paradigmático del otro periodo negro de la historia argentina, la dictadura de Rosas. De esta forma, el relato de la tortura de gallinas establece una identificación palimpséstica *con El matadero* de Echeverría, a la vez que expresa una posición racional y moral ante el maltrato de los animales, muy de nuestro tiempo. También, sesgadamente, se alude por medio de una narración en abismo a la otra muerte que no se nombra: los cadáveres de la dictadura, la tortura, lo indecible.

El apéndice que cierra el libro es otro de los intertextos en el montaje que posibilita la inteligibilidad al acotar el horizonte de escritura. Éste está conformado por ensayos “inéditos” de Perlongher, rescatados de su tarea como activista a finales de los años setenta, en el Frente de Liberación Homosexual; textos que escribía sin ningún ánimo de posteridad, dictados por la premura de agitar conciencias en la lucha social.

La inclusión de este apéndice no es casual. Perlongher, alrededor de los años ochenta, discurre ampliamente en dos ensayos, “Informe sobre Córdoba” e “Informe sobre Chile”, sobre su postura en el movimiento de liberación sexual, sobre la identidad del “mariquita”, la relación de éste con la izquierda y la creciente normalización de la conducta gay, que “no dejan de tener vigencia”. Empero, el énfasis recae en la cruda y violenta represión a las “locas” por su “aberrante” conducta sexual. Por tanto, estos ensayos nos sitúan en el horizonte preciso que recrea la “estructura de sentimientos” en que se produce la correspondencia, pero lo más significativo es que dicho horizonte nos permite sopesar el riesgo que conlleva afirmar una identidad como la de “la loca”, de no fácil asimilación aun en nuestro presente. Es así como emerge la intencionalidad política de la publicación: “tal vez pueda sumarse a los intentos de hacer más inteligibles las discusiones político-culturales del fin de una época y del comienzo de otra” (25), como propone Baigorria. Por tal razón, considero este apéndice como testimonio de época que ancla el sentido documental asignado al género epistolar, y la necesaria “teoría” para leer las cartas.

Si entendemos el apéndice como teoría del texto, descubrimos elementos para reconocer que el activismo de Perlongher está encaminado a desmontar los aparatos de control y vigilancia del gobierno, tan estrictos que “ningún atisbo de heterodoxia puede pasar desapercibido”. A este mecanismo estatal Perlongher lo llama “represión cotidiana”, para diferenciarlo de la represión política. La ubicuidad del mecanismo de represión cotidiana, hace que se perciba insidiosamente “natural”, sobre todo si va acompañado de una propaganda omnipresente, esgrimiendo la bandera de la moral cristiana, “que detenta el monopolio absoluto de las creencias en el país” contra lo diferente, contra las costumbres heterodoxas. En este contexto, el reforzamiento del

andamiaje antisexual y su represión no constituyen un episodio aislado, sino que -nos dice Perlongher- es un recurso de violencia sistémica que busca inmunizar al país contra toda modificación de las costumbres, pues se ha instaurado en las conciencias (83). La violencia se ha internalizado. Contra esta violencia simbólica y estructural, en términos de Žižek, se erige la lucha del escritor que va más allá de un cambio político; es una disputa ética pero también estética, de doble tensión. Su confrontación desde el sistema literario lo alude de lleno, pero también lo rebasa al estar fincado en un deseo profundo de transformación de la sociedad; un horizonte donde la transformación de la cotidianidad es radical y, habrá que admitir, vigente más que nunca en nuestro presente.

II

Devenir “loca”: su puesta en escena

Las estrategias del libro que me ocupa dejan claro que la experiencia compartida es parte de una memoria, no sólo empírica sino intelectual. Su publicación se inserta en un horizonte de expectativas de defensa de los derechos humanos, de justicia e igualdad. Viejos sentidos y afiliaciones en la contienda contracultural y subversiva de la politización de la sexualidad y del deseo cobran nueva vigencia en el retroceso en que parecen estar las luchas del obrero y del oprimido contra el capital. Es entonces una memoria intelectual asociada también a los saberes que el discurso de Osvaldo conlleva; pero ésta, ya que pretende apelar a una memoria pública, debe descansar en un dilatado valor fáctico que la mayoría pueda reconocer.

Baigorria organiza el texto para que el barroco de trincheras de Perlongher sea leído a través de un efecto de lectura que aquilate la lucha por el reconocimiento del homosexual; lucha a la que Perlongher dedicó su vida dentro de un ambiente homofóbico, no sólo de la derecha sino de la misma izquierda progresista. Con este propósito, recurre a tres evocaciones comunes para un público numeroso: el miedo que inspira la sola presencia de los militares; el clima de intranquilidad narrado alegóricamente en el descuartizamiento de gallinas, una asociación inconsciente con un pasado

histórico; y la percepción que despierta la figura chocante del amanerado, del mariquita, que todavía hoy en día es problemática.

Es sobre todo ésta última figura, la del mariquita, la estrategia textual que hace más presente la radicalidad de la figura de Perlongher: una identidad escurridiza que el lector evoca cuando lee una carta firmada por Rosa, su otro nombre de batalla; por la identificación con el pronombre nosotras, y por ciertas marcas textuales adoptadas conscientemente como propias del hombre afeminado. Ciertamente, un barroquismo de la apariencia del tacón alto, media corrida, saco de vinil y билет intensamente rojo con el que desfilaba Perlongher por algunas calles de Buenos Aires. La represión a este grupo social y su rechazo, presente aún hoy día y más allá de nacionalismos y culturas, nos ayuda a reconocer la radicalidad de la propuesta política de Perlongher, pues la liberación “sólo es retórica, semántica, ya que el poder militar subsiste” (64), como aseguraría pocos meses antes de morir, consumido por el sida y viviendo todavía en el exilio. Y efectivamente existe si atendemos a los crímenes contra esa minoría. Las cartas de Perlongher nos recuerdan lo terrible -y vigente- de esa experiencia marginal y nos invitan a contemplar la posibilidad de pensar también la dimensión ética de la desterritorialización, ya sea por el exilio corporal o geográfico, como el que tuvo que confrontar Perlongher.

El gesto de invocar la figura de la loca al inicio del libro es, por tanto, una provocación que nos confronta con varios fantasmas. Habría que examinar por qué sigue haciendo ruido Perlongher, por qué cuesta tanto despojar a “la loca” de prejuicios que se creen superados. Creo que ahí reside el cuestionamiento crítico de este entramado textual, pues intersecta con la cruzada por la familia, la seguridad nacional y los valores morales de varios sectores de la ortodoxia civil y religiosa de nuestras sociedades.

El montaje editorial así contemplado depende, desde luego, de la puesta en discurso de la subjetividad de Perlongher para una lectura comprensible en el presente de la publicación. Ésta se inicia, como hemos visto, en la estructura del libro, y con una evocación particular articulada desde las primeras líneas del prólogo, cuando Baigorria explica las diversas firmas que Perlongher utilizaba, entre ellas la más conocida de Rosa, “en alusión a Rosa

Luxemburgo [...] 'Delias de rimmel descornado, Etheles, rosas a la caza de un Grossman perdido en Luxemburgo' diría más tarde al escribir acerca de su libro *Alambres*" (10). Más adelante, en el recuerdo de su primer encuentro, la figura se completa:

[...] descruzó sus piernas enfundadas en pantalones de cordero marrón con botamanga-pata-de-elefante, se acomodó sobre sus zapatos con plataforma y se presentó: "Soy militante del Frente de Liberación Homosexual de la Argentina". No se puede decir que era linda la Rosa. Más bien baja, de cara redonda, de intensos ojos de mirada negra sobre una nariz que no se podía pasar por alto. Pero sabía pelear y hacerse visible (12).

Esta sola presencia discursiva de la figura de "la loca", o el mariquita, de una plasticidad evocadora, marca con una irreductible singularidad la lectura de las cartas, aún dentro de las prácticas y las identidades homosexuales. Es radical y perturbadora; a través de su invocación fluyen deseos marginales, discursos reprimidos, discursos contestatarios, discursos homofóbicos, valores morales, prejuicios y sensaciones preverbales atribuidas a la intimidad, cuya conciencia es necesaria para comprender la lectura ante nosotros, su irreductibilidad:

El sexo de las locas, que hemos usado de señuelo para este delirio, sería entonces la sexualidad loca, la sexualidad que es una fuga de la normalidad, que la desafía y la subvierte. Locas bailando en las plazas, locas yirando en puertas de fábrica, locas *haciendo cola* en los bañitos. Hablar del sexo de las locas es enumerar síntomas [...] de una enfermedad fatal: aquella que corroe la normalidad en todos sus wings; que aparece en la hija del portero, en las trincheras de las Malvinas, en el seno de las garitas azules, en las iglesias de Córdoba [...] Ahora, no subsumir esas singularidades en una generalidad personológica: "el homosexual" (Perlongher, *Prosas Plebeyas* 33).

De la puesta en escena de ese "devenir loca" dentro de las cartas a Baigorria, se desprende una semanticidad que politiza todo lo que toca, incluso la poeticidad de un lenguaje de fuga, impostado, de chotos; rasgos todos que le otorgan una precisa decantación a nuestra lectura, muy necesaria para

entender la insistencia en ese estado subjetivo, colonizado por la nostalgia y el terror, tanto por un país que se añora, pero se detesta y se teme, como por el miedo y la paranoia que acompañaban constantemente a Perlongher en Buenos Aires, según declara en varias cartas; decantación necesaria también para entender los problemas con su correo: cartas abiertas, sin entregarse o sin recibirlas, “señal de que algo ocurre”. De este modo, el ciframiento del lenguaje no sólo tiene un uso idiosincrático, conforme a la “conversación diferida” entre dos amigos, o lúdico, propiamente literario, sino que también tiene otra función: escapar el ojo vigilante. Le escribe a Osvaldo:

Muchas veces acaricié, “sobé”, la idea de, amparado en las tropicalidades, en sus blanduras, narrarte sin vano arcaísmo, sin barroquismos de trinchera, los avatares que en este largo tiempo me han sucedido, y cuya crónica la sistemática curiosidad de los chasquis llevaba -lo has, pobre, padecido en ojo propio- al hermetismo, al jeroglífico (52).

La puesta en escena del devenir loca requiere también de una estructura en abismo: la complicidad de una experiencia compartida entre editor y escritor, por un lado, y la complicidad de los lectores, por otro. El no decir y el barroquismo como su medio de manifestarlo, son también técnicas de ocultamiento y de defensa. Los lectores cómplices latinoamericanos que hemos vivido la violencia, podremos tender el puente sobre el silencio y tratar de reconocer las marcas de ésta en una subjetividad, sus mecanismos de resistencia, las tretas del débil (Ludmer). Para nuestra fortuna, la escritura de Perlongher es un ejercicio de resistencia que podemos consultar.

III

Barroco de trinchera: destellos de deseo

Si bien es una convención del género epistolar el uso de un lenguaje cifrado y fragmentado, que atañe al emisor y al receptor, sobresale en estas cartas un lenguaje inscrito por medio de un cuerpo sexualizado, huidizo e inapresable, que trastoca las identidades genéricas: Néstor es Rosa, Rose,

tuya, la otra, Víctor Bosch. Osvaldo es Osw, ella, queridillo, majestad ártica. A partir de esta simbolización que destruye el principio de identidad asociado al nombre propio, se produce una materialidad verbal llena de potencialidades lúdicas, a veces influidas por el portugués, pero siempre con una particularidad que torna la palabra en una proliferación de sentidos y alusiones: “[...] tu carta, retrotraída entre papeleches y pizpueretas de cartulina, que sofocan el Anschluss, me retrotrae” (67). Un discurso de fuga que insinúa sin decir, que se deleita en los juegos del sinsentido, donde una palabra deviene otra, lo que Perlongher llama barroquismo de trinchera; expresión lingüística, en fin, de una subjetividad escritural íntimamente asociada a la idea de identidad como devenir, en constante lucha contra las esencias, lo fijo e inmutable, lo unívoco. No sorprende que en las cartas predomine la insinuación sobre la anécdota, sin evitar del todo la esporádica confesión o intimidad propia del género:

[...] confesaré que me embolo bastante en esta ciudad chota [...] por momentos tengo grandes tentaciones de deprimirme infinitamente, a las que trato de no ceder, consciente de que ello debilitaría mis ya frágiles defensas en esta sociedad paranoica y medianamente asesina. Acá [escribe desde Argentina] la cosa no tiene viso de mejora, pero también dejaremos prudentemente lo que antecede librado a vuestra fértil imaginación (36).

El lector -no sólo el destinatario- en esta dimensión pública de la intimidad a que confronta la publicación de un documento privado, en su “fértil imaginación”, poco a poco también confronta una subjetividad definida por el cuerpo y esa intimidad que resulta del reconocimiento de sus pulsiones no sujetas a la norma social; una subjetividad amenazada, marginal, mas incapaz de renunciar al deseo que la define en lo social, lo intelectual, lo político y lo íntimo: su homosexualidad combativa.

Asimismo, el constante asedio del terror y el miedo que se vivió en los setenta, se plasma en la escritura en los silencios -guiones, elipsis, metáforas, eufemismos-. Cuerpo y lenguaje se vinculan en esa zona donde el deseo llama y la represión aparece, lo que nos obliga a actualizar su contexto de

producción, y asentar que uno de los propósitos del *no decir* es escapar a la censura, como escribe Perlongher en una carta fechada en 1981, cuando recién acaba de instalarse en Brasil, en el inicio de “un exilio no tan electo cuanto imperioso”. Ya en ese exilio involuntario cuanto necesario, se hace evidente que éste es un “exilio sexual” (70).

De esta manera, emerge otro núcleo tenso de identificación subjetiva: la desterritorialización como necesidad de sobrevivencia. Este extrañamiento geográfico, al que lo condena el exilio en Brasil, Perlongher lo asimila subjetiva y corporalmente como un desgarramiento y una liberación; tensión, otra vez, de una identidad que él llama nómada, disidente, de un cuerpo en fuga. Varios de sus escritos discuten dicha identidad en devenir. Pensar ésta como inestable afecta la producción del sujeto y su representación, ya que una subjetivación sujeta al deseo se traduce en una escritura fragmentada en y por el cuerpo:

El devenir es un proceso del deseo [...] devenir no es transformarse en otro, sino entrar en alianza (aberrante), en contagio, en inmisión con el (lo) diferente [...] Un “devenir homosexual”, por ejemplo, tomará esa práctica corporal (la segregación, la marginación, y sobre todo la diferenciación que ella acarrea), como un modo de salida del “deber ser” imperante (Perlongher, *Prosa plebeya* 68-69).

La idea de devenir como un perpetuo movimiento amorfo e inestable sujeto a escapar la prisión simbólica del deber ser, impregna, poetizando, todo el texto: lo que se dice y cómo se dice. La necesidad de encontrarle un valor de verdad o de sinceridad a relatos biográficos como el que las cartas conlleva (Miraux, *La autobiografía. Las escrituras del yo* 55 y *passim*) se complica en este texto, ya que su inestabilidad deliberada lo inscribe en un sistema de referencias que van más allá del cotejo con una realidad previa de la cual deriva su credibilidad. Ciertamente, la lectura de las cartas atiende un doble movimiento de la conciencia: el de la intimidad que se trasmuta en anécdotas, confesiones y recuerdos y el de la sombra del deseo que escapa a la puesta en discurso. La escritura de las cartas es, por consiguiente, subjetiva, no mimética; la realidad, el placer o el terror sólo existen en el rodeo de la escritura de

Perlongher. Pese a todo, como proyecto inscrito en el sistema literario, sobresale la apuesta de Perlongher de vivir anclado a la escritura sin separar de ella su intimidad ni su política. En esta toma de posición residen los límites de las cartas, su sinceridad y su verdad, lo que Perlongher en su neobarroso articula como: “líneas del entrelineado [...] cuyo relato ahorro” (50); una escritura no de hechos sino de flujos de deseo y de intensidades, de fisuras que dibujan una subjetividad poética y política. Perlongher opta por el exceso, por la narración suplementaria allí donde escamotea el dato, y el editor/lector tendrá que “retrotraer” el discurso del entrelineado.

Por otro lado, si el trópico, el desplazamiento geográfico, concede un espacio para escribir -aunque sea de manera oblicua- la diferencia, no por ello se puede eliminar el barroquismo de trinchera que, como marca de agua, evidencia la represión en una subjetividad. El barroquismo es al jeroglífico, al lenguaje de iniciados, a la contra fijeza, lo que la “tropicalidad” es a una escritura -que acoto entre comillas- “más libre”; entre comillas, pues como Perlongher señala: “algo atenta contra tan realista intento”, algo que va más allá de las presiones de la vida cotidiana que impiden un relato que falto “de noticias más o menos contables, a fin de satisfacer la curiosidad de los argentinos por la acción y la anécdota” (39), se sustituya por el relato de iniciados, marcado por la alusión, el intertexto, el detalle oscuro de la experiencia en común, que es también el de la escritura:

Supongo que te sorprenderá lo organizado de mi postalidad. Sucede que tras haber perdido mi condición de inédito -que es algo así como perder mi virginidad- en el plano de la poesía, ascenderé a la fama de las letras de molde en lo sociológico mediante la publicación de mi ya remanido trabajo sobre los prostíbulos [...] (39).

Esta conciencia de la escritura de la carta dentro de un sistema de producción literario -o con potencialidades de serlo- es una práctica de escritura que, en esos años, se vivió como síntoma de una experiencia de la literatura sin independencia de la vida; expresión de un cuerpo politizado por imaginación, deseo y convergencia militante, en suma, una experiencia

“disidente de subjetivización” escritural. Nos dice Baigorria de la lengua de Perlongher:

[...] una lengua que se habla bajo fuego, en medio del combate, en una posición más subterránea que la oración de barricada. Una lengua menor pero urgente, apremiada por sacarle el cuerpo a la posibilidad de captura o destrucción en manos del enemigo. Una lengua política (20).

Lo innombrable se dice entre corchetes, guiones, alusiones que su amigo y compañero militante de la liberación sexual, Baigorria, aclara, fecha y amplía: sus viejos encontronazos con la policía; sus palizas; sus detenciones en Mendoza, por sus inclinaciones eróticas o por la suposición de éstas, es decir, por el juicio que su apariencia de “loca porteña” inspiraba en la policía. Cito un párrafo que define esta actitud y posibilita adivinar la continuación de una discusión política con el amigo, lo que lo lleva también a cuestionar las diferentes posturas al que el exilio los ha condenado:

La belleza de tu carta no logra -ni quizás pretende- disimular la agudeza de tus juicios, la disparidad de nuestras perspectivas. Separados por lustros y continentes -lustros incontenibles y continentes lustrosos- disparamos en pos de cornucopias que sólo en lo aparente se contradicen. Tu (vuestra) búsqueda, la mía. Los mil (agros) del idioma, de la manutención de este estirado balbuceo. [...] La irrealidad, la impronunciabilidad: refugiado en el vano castillo de las palabras, “dónde está el hombre” (Puig) que no lo veo”. Tampoco yo sé dónde queda Cracovia ni me importa; es nada más por el crujir de esas consonantes que la invoco (48).

En efecto, Perlongher ignora o no comenta los intentos de Baigorria de formar una comuna en Canadá, y ve como más alejada la posición del amigo ante las urgencias de su vida en Brasil -la visa y la beca-. Además, sus visitas más frecuentes a Argentina lo atan cercanamente a su devenir, lo que lo lleva a una fragmentación en lo comunicable. “La falta de anécdota”, de seguimiento en la conversación epistolar, es también un intento de preservar la intimidad que separa, pues Perlongher, por ejemplo, jamás cuenta su encarcelamiento y

el allanamiento de su morada cuando se encontraba con un menor. Entonces ¿cómo enmarcar los límites y alcances de lo que dice?

IV

Siluetas: a manera de conclusión

He venido afirmando que la disidente subjetividad de Perlongher, su insistencia en no dejar atrapar su identidad en la categoría domesticada de lo gay, o lo homosexual, su constante lucha contra los encasillamientos y la normalización de conductas es una lucha individual, pero también social, política y lingüística de difícil asimilación. Esta lucha encarna en “la loca” lo que llamaría un devenir contestatario; un espejo de difícil manejo en nuestra época de “tolerancia” y conformismo político, de “democratización” e inclusión. Situación que Perlongher reconoce como falsa: “no hay destape ni nada parecido. Es una democracia superficial” (64). Contexto, en fin, que nos obliga a evaluar el pasado a la luz de lo actual, y considerar, en el transcurso de esa evaluación, nuestro presente político y lo que Perlongher veía como: “El efecto de hipocresía parece teñir también las relaciones homosexuales. Menos las locas desatadas, todos se desesperan por aparentar “normalidad”, porque “nadie lo sepa” (90).

La publicación de este libro en el nuevo milenio, su pertinencia en el contexto de las luchas reivindicativas de las minorías, puede derivarse entonces de la disonancia creada al rescatar la memoria de un militante homosexual, dentro de una creciente normalización de los roles sexuales que han olvidado el papel de estos militantes en los derechos adquiridos. ¿Dónde están los testimonios de los maricas en la discusión pública actual? Las cartas de Perlongher nos hablan, en el entrelineado, de una memoria que se ha perdido en los aparentes logros de la comunidad gay. Empero, su lectura es incómoda; atenta contra la normalización de nuestro presente; contra la impunidad de la violencia ejercida en una subjetividad que es también colectiva; contra la amnesia del trauma que ésta vivió, y contra la disolución de identidades contestarias. Frente a todo eso se esgrime el borrón que la prosa de Perlongher invoca en el amaneramiento y la afirmación de su identidad

como “loca”. Lo innombrable se hace presente, como George Steiner asevera, cuando se reconoce una experiencia como “un decir en otras palabras”, lo que nos lleva a confrontar lo aceptado, lo normal. ¿Se puede ignorar ese pasado que cuestiona el presente? Ubico esta pregunta en el debate general sobre la construcción de la memoria, sobre la invisibilidad de experiencias como la de Perlongher, primordialmente en la función que la izquierda desempeñó, una izquierda que en su mayoría aceptaba la militancia de Perlongher, no su sexualidad.

Me parece que “el testimonio”, por llamar así a las cartas de Perlongher, alude también a otro núcleo de sentido, lo que en términos de Raymond Williams clasificaría como otra formación. Esta es la forma disidente de la subjetivación. La “loca” nos obliga a repensar nuestra cotidianidad, pues nos confronta con nuestros prejuicios, aún si nos decimos progresistas. También nos obliga a considerar los espacios y las libertades conseguidas por medio de un cambio en las costumbres, y a reconocer el papel desestabilizador de la representación del deseo como una resistencia poética a la homologación.

Bibliografía

- Foucault, Michel. *La Arqueología del saber*. México: Siglo XXI, 1979.
- Kristeva, Julia. *La revuelta íntima*. Buenos Aires: Eudeba, 2001.
- Ludmer, Josefina. "Tretas del débil" en Patricia González y Eliana Ortega (eds.), *La sartén por el mango. Encuentro de escritoras latinoamericanas*. Río Piedras: Ediciones Huracán, 1984.
- Miroux, Jean-Philippe. *La autobiografía. Las escrituras del yo*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2005.
- Perlongher, Néstor. "Cartas a Sarita Torres". *Papeles insumisos*. Adrián Cangí y Reynaldo Jiménez, Eds. Buenos Aires: Arcos, 2004.
- . *Prosa Plebeya. Ensayos 1980-1982*. Christian Ferrer y Osvaldo Baigorria, Selección y prólogo. Buenos Aires: Ediciones Colihue, 1997.
- . *Un barroco de trinchera. Cartas a Baigorria 1978-1986*.



Oswaldo Baigorria Ed. Buenos Aires: Mansalva, 2006.

Žižek, Slavoj. *Violence*. Londres: Profile Books, 2008.